me hubiera clavado un puñal en el corazon. Miré á mi madre con aire extraviado, sentí ruido en las sienes y en los oidos y luego abrí los brazos, dí un grito y caí con la cara contra el suelo.

Cuando volví en mí, estaba en mi lecho: mi madre tenia asidas mis manos y regaba con lágrimas mi frente y mis cabellos. El primer sonido que salió de sus lábios fué un grito de alegría; el segundo fué la seguridad de que solo queria vivir para mí.

Prometióme de mil maneras que no se casaria, que no volveria á ver á Milord Baltimore y que queria consagrarme toda su existencia.

Aquellas seguridades trajeron alguna calma á mi ánimo; pero la enfermedad de consuncion que hacia largo tiempo me amenazaba, solo esperaba una ocasion para estallar, y aquel choque terrible se la proporcionó.

Dejé el lecho al siguiente dia, al parecer casi buena; mi madre cerró la puerta de nuestra casa, no solo á Milord Baltimore, sino tambien á su hermana, y se dedicó á mí por completo, segun su promesa.

Algunos dias despues me anunció que íbamos á hacer un viaje á Escocia é Irlanda para que yo me distrajese.

Partimos en efecto; pero yo habia perdido ya la fortaleza, la alegría y la salud; enflaquecia por horas, estaba pálida y triste, y era que veia

el inmenso sacrificio que mi madre me habia hecho: veia que no disfrutaba de sueño tranquilo y que habia perdido la alegría y la paz; veia en una palabra que aunque sus lábios no articulaban una queja, aunque su vida entera estaba consagrada á mi cuidado, era profundamente desgraciada!

III.

Detúvose Miss Sheridan para tomar aliento y dirigió á su madre una mirada de tierno amor y de profunda gratitud.

Constanza se inclinó hácia la jóven enferma y la besó en la frente.

—¡Pobre y querida niña!—exclamó.—¡Cuánto ha sufrido usted! y ¡cuánto ha debido sufrir su infeliz madre!

—Sí,—contestó la niña;—mi madre ha sufrido de una manera horrible!—Huyendo de su propio dolor y para distraerme todo lo posible vinimos á París, donde llamó desde luego á los doctores de más fama. Estos dijeron que mi enfermedad no era peligrosa y que solo necesitaba mucha distraccion.

Yo habia tenido siempre mucha aficion á la pintura, mi madre consideró que el estudio de

este arte sería para mí un placer, y encargó á algunas amigas que tiene aquí le buscasen un profesor que fuese un verdadero artista.

La condesa de W. le habló de Mr. Blarú y se lo presentó ella misma.

Detúvose aquí Ana y el rubor subió de nuevo á su blanco y puro rostro: Mme. Blarú la miró asombrada y esperó á que prosiguiese, contemplándola con atencion sostenida y profunda.

—Lo que me queda aun que decir,—prosiguió Miss Sheridan tras un largo silencio,—es muy penoso para mí. Por instinto sé que debe darme rubor lo que ha pasado en mi alma... pero no he podido remediarle: empecé á ver á Octavio todos los dias: en tanto me daba leccion, hablábamos del arte... ví que tenia mucho talento y más corazon... poco á poco llegué á desear que viniera todos los dias... cuando se iba pensaba en él y contaba las horas que faltaban para que volviera... en fin, mi vida se encerró en estas dos ideas: *verle y esperarle!*

Ana dijo estas palabras precipitadamente y como si temiese que fueran á faltarle las fuerzas: y cuando hubieron salido de sus lábios dejó caer sus dos brazos á lo largo de la ropa de su lecho con profundo desaliento.

—De modo,—exclamó Constanza con voz conmovida,—de modo que usted, señorita, amaba á mi hijo?

—Creo que sí, señora,—murmuró Miss Sheridan,—porque me sucedia lo mismo que á mi madre respecto á Milord Baltimore!—Cuando venia, toda mi alma se alegraba; cuando no venia, me quedaba pensativa y triste. Lo mismo veia que le sucedia á mamá.

—¿Y usted estaba pesarosa de amarle?

—¡Oh!—desesperada.

—¿Por qué?—preguntó Constanza con altivez. —Acaso mi hijo no merecia el amor de usted?

—Yo no tenia el derecho de amar ni á él, ni á nadie,—respondió Ana;—yo debia consagrar mi vida entera á mi madre.—¿Por ventura no habia ella sacrificado su amor por mí?—¿No habia renunciado á Milord Baltimore?—¿Tenia yo derecho á pensar más que en ella?—Y luego amar á un hombre que nada sentía por mí!—¡Amar á mi edad es vergonzoso!

Esta lucha cruel agotó cada dia más mis fuerzas hasta que caí postrada con una debilidad general y una fiebre nerviosa que apenas me dejaba en el dia algunos instantes de serenidad.

—Milady se llegó á percibir de lo que usted sentía por Octavio?

—Felizmente no: y digo felizmente,—añadió la pobre niña comprendiendo con su innata delicadeza que hería el corazon de aquella madre,—porque me hubiera acusado de ingratitud para con ella y de mala hija!

En aquel instante lady Sheridan hizo un movimiento; dejó escapar un débil suspiro y alzó despues la cabeza.

Levantóse espanda por haberse dormido y corrió al lecho de su hija. Ana no era ya la misma que habia hecho la larga narracion que antecede: pálida y fatigada, se asemejaba á una azucena tronchada y caida sobre la nieve: una respiracion entrecortada y penosa levantaba su pecho. Lady Sheridan se inclinó hácia ella y dejó escapar un grito de angustia.

Como un ángel evocado por aquel grito entró en la estancia una bella, sonriente y graciosa criatura: era una jóven alta y rubia; ya la conocemos: era Emma, ya madame Marillac, pues se habia casado con el jóven abogado, su amigo de la infancia.

Su delicada belleza habia ganado en vez de desmerecer; porque la aureola de la madre brillaba en su jóven y noble frente.

—¡Dios mio, qué sucede!—exclamó al entrar: —¿está peor Miss Sheridan?

—¡Se muere!—exclamó Clarisa.—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened piedad de mí!

La pobre madre se dejó caer de rodillas en tanto que Constanza y su hija se miraban con angustia. No obstante, madame Blarú fué la primera que adquirió alguna serenidad de ánimo: tomó un cordial de la mesa inmediata á la cama,

que estaba cargada de medicinas, y llenando una cuchara de plata la acercó á los pálidos lábios de Miss Sheridan.

Esta abrió los ojos, y la densa palidez de sus facciones pareció fundirse bajo una tinta rosada.

—¡Hija mia! ¿Cómo estás?—exclamó Clarisa que se habia levantado ansiosa para ver el efecto que el cordial producia.

—Mejor, mamá,—respondió la niña con voz débil;—no te asustes.

—¿Qué te duele?

—Nada, solo quisiera dormir un poco.

—Está muy débil,—dijo Constanza:—dejémosla con Emma, Milady, y sírvase usted concederme algunos instantes de conversacion.

—¡Oh, no puedo separarme de ella!—exclamó Clarisa.—Yo me acuso como de una falta el haberme dormido: cuando el cielo me la haya quitado, ¡cuánto lloraré los instantes que haya dejado de verla!

—¿Y si el cielo se la dejara á su madre?

—¡Oh, imposible!

—¡Nada es imposible para Dios, señora!

—La ciencia me ha quitado toda esperanza.

—La ciencia no ve más que la enfermedad; yo he visto más allá.

—¡Cómo!—exclamó temblando de emocion Clarisa,—¿habria esperanza?

—¡Yo la tengo!

—¡Oh! ¡Hable usted, hable usted!—exclamó Clarisa con voz ahogada.—¡Usted, señora, es madre tambien, y las madres nos entendemos siempre!

—No puedo hablar aquí,—dijo Constanza:—deje usted á su hija con la mia y vamos á otra habitacion.

—Vamos,—dijo Clarisa con voz ahogada.

Y asiendo de la mano á madame Blarú, la condujo á su cuarto.

IV.

Cuando las dos madres se hallaron solas, madame Blarú pasó la mano por su frente como embargada por un penoso rubor; y á la verdad, causaba una profunda emocion el ver á aquella mujer, ya de edad avanzada y de tan noble fisonomía, de tan elegantes y distinguidas maneras, subyugada por una extrema y dolorosa cortedad, y sin saber cómo iba á empezar lo que tenia que decir.

—¡Oh! ¡Hable usted, hable usted, amiga mia! —exclamó la desgraciada madre, uniendo las manos y fijando en Constanza sus ojos arrasados de lágrimas;—¡déme usted alguna esperanza, por vaga, por remota que esta sea!

—Milady,—dijo madame Blarú;—solo la simpatía que del carácter de madre de que usted está revestida me inspira, puede hacer que hable á usted de una cosa para mí muy dolorosa; pero esa pobre niña se muere, y hay un modo de salvarla.

—¿Lo hay?—exclamó ansiosa madame Sheridan.

—¡Lo hay, señora!

—¿Quién lo ha dicho? ¿Qué medio es ese?

—¡Es muy terrible para mí decirlo!

—¡Oh, por favor! ¡Me está usted haciendo morir de impaciencia!

—Pues bien, Milady: Miss Sheridan no se muere de enfermedad ninguna: se muere...

—¡Acabe usted!...

—¡Porque ama á mi hijo!

Al oir esta revelacion, la gran señora quedó muda de asombro; despues se repuso, y contestó con profunda conviccion:

—¡Es imposible!

Una triste sonrisa entreabrió los lábios de Constanza, que dijo:

—¡Hé aquí la acogida que yo esperaba! ¡Imposible! ¿Y por qué, señora?

—Porque... porque yo no he observado nada.

—No es esa la razon de parecerle á usted imposible: la razon es que mi hijo es un pobre artista, que gana su vida y la de su madre traba-

jando: ¿qué importa que sea noble, bueno y que esté dotado de talento y de mil relevantes cualidades? ¡A pesar de ellas es imposible el que su hija de usted le profese inclinacion! ¡Al paso que si fuera de elevada cuna, si fuera rico, si llevase un título, aunque fuera un fátuo, no le parecería á usted imposible!

La orgullosa dama guardó silencio.

—Hé aquí,—prosiguió madame Blarú,—hé aquí por qué me era tan penoso el hablar á usted de lo que causa la dolencia y la muerte de su hija. Si ella hubiera sido pobre y mi hijo perteneciese á la clase más elevada de la sociedad, hubiera hablado con más confianza, porque de los lábios de usted no hubiera salido la palabra *¡imposible!*

—Pero mi hija se halla enferma desde hace ya largo tiempo,—objetó Clarisa.—Lo estaba antes de conocer á su maestro de pintura.

—Es cierto.

—Entonces, ¿á qué achacar á ese sentimiento lo que es efecto de otro muy distinto?

—Hoy se muere de desesperacion de amar á mi hijo, porque dice que su deber era amar solamente á su madre!

—Tiene razon,—exclamó Clarisa, dominada por la vehemencia de su sentimiento.—Yo he sacrificado á mi hija el único amor de mi vida!

—Ella quisiera sacrificar el suyo, y ya que no puede, el pobre ángel sacrifica su vida.

—¡Amar á su edad! ¡Ana es una niña!

Constanza no respondió; Lady Sheridan continuó:

—Sabe su hijo de usted el sentimiento que Ana cree alimentar por él?

—¡Que alimenta, señora! De que usted claro, depende la vida de su hija.

—Sabe Octavio lo que pasa en el corazon de Ana?

—Lo ignora completamente. ¿Quién se lo habia de decir?

—¿No era muy lógico que él lo adivinase?—preguntó la gran señora con amargura.

—No, señora,—repuso Mme. Blarú,—mi hijo no está impresionado absolutamente por Miss Sheridan.

—¿De modo que aun tendré yo que rogarle que acepte la mano de mi hija?

—Es probable que sea así, y es de temer...

—¿Que la rehuse?

—¡Sí, señora!

Volvió á reinar el silencio en la estancia. Mme. Blarú continuó:

—Cuando usted, Milady, y su hija desearon conocer á mi hija y á mi Octavio, me habia ya hablado con elogio de ambas: á pesar de ser gran talento artístico, mi hijo no ganaba lo bastante, y no me avergüenzo de confesarlo, para darme las comodidades y el bienestar que él ha deseado

siempre que tuviese. Los gastos del casamiento de su hermana y una larga y penosa enfermedad del mismo Octavio, nos arrebataron todos los ahorros que yo habia hecho, y nos redujeron á una situacion bastante difícil. Mi noble hijo buscó, pues, el solo medio que tenia de mejorar nuestra situacion: buscó lecciones y entre las que le propusieron se halló la de la señorita Ana Sheridan. El corazon de la pobre niña, con la certeza del amor de su madre por otra persona que no era ella, solitaria, por decirlo así, se inclinó hácia Octavio. ¡Ay! su misma madre habia demostrado á Miss Sheridan hasta dónde llega y hasta dónde es encantador y terrible el poder de una pasion!

Clarisa permaneció silenciosa ante esa acusacion indirecta, pero terrible. La conviccion iba penetrando en su alma y á la vez su amor sofocado por su cariño maternal se levantaba de nuevo en su alma grande y poderosa: en un instante se dijo que casándose su hija, ella podria casarse tambien con Lord Baltimore, y esta idea sofocó el dolor y la indignacion que sin él la hubiera causado la idea de tan desigual alianza. Además,—concluyó,—yo soy rica, muy rica y los enriqueceré tanto, que ese jóven dejará los pinceles y consentirá en ser un gran señor: hay en él bastante distincion para serlo.

—Ya hablaré ahora mismo á mi hija, señora,

—dijo,—y antes que perderla, quiero, no lo dude usted, verla feliz: usted, por su parte, persuada á su hijo á que se deje hacer dichoso.

—No sé si lo conseguiré,—dijo Constanza levantándose con dignidad;—mas por amor á esa pobre niña lo intentaré.

Saludó á Lady Sheridan y salió con la misma gracia decente con que habia entrado.

V.

Cármen ó Isolina, que con este último nombre, que es el verdadero suyo la llamaremos ya, reposó pronto de las fatigas del viaje y de las amargas penas que la habia traido su deplorable enlace.

Protegida por el conde y la condesa de Royé, dejó su madre la misma habitacion que ocupaba en casa de la lavandera Josefa y ambas fueron á habitar un modesto pero lindo cuarto segundo en la Plaza del Rey, sitio aireado y que en la cercana primavera podia tener alguna apariencia de campestre, ventaja inmensa para dos espíritus tan afligidos como los de aquellas dos pobres mujeres.

Las desigualdades que habia en los caractéres de la madre y de la hija, habian ido suavi-

zándose con mucha facilidad: la desgracia hace reflexionar y además el lazo del amor filial y materno es muy poderoso y muy fuerte.

La habitacion se adornó sencilla, pero cómodamente: una sala de recibir con tapicería carmesí, un cuarto para la madre amueblado con reps verde, y otro para la hija con sillería de reps azul, constituian una decencia agradable que alegraba los ojos y trasmitia al ánimo un dulce bienestar. En el comedor habia una mesa redonda y algunas sillas de rejilla con un aparador y un armario para loza y cristal, que ocupaban los dos testeros principales de la habitacion.

La condesa de Royé en su graciosa y elegante caridad, no habia olvidado ningun detalle para consolar á sus amigas y hacerlas agradable la existencia. Habia en la mesa del cuarto de la madre libros de devocion y algunos grabados de vidas y martirios de santos. En el de la hija, un pequeño estante contenia obras escogidas de literatura sobre todo dramática, dos ó tres hermosos bronces y un piano de Erard. Todos los domingos, la misma María llevaba á Isolina un bello ramillete de flores de los campos ó de estufa.

En ambas habitaciones una Imágen de El que es todo amor y misericordia presidia abriendo los brazos en la cruz, como para llamar hácia él

á la pobre humanidad. María habia comprendido que solamente la religion puede dar alivio á ciertos dolores y paz á los corazones lacerados.

La paz, en efecto, descendió lenta, pero profundamente al de la anciana. Al lado de su hija contaba con el trabajo de ambas para subvenir á sus necesidades; pero aquella alma fuerte y humilde á la vez era de un temple más elevado y más puro que la de su hija: en tanto que la viuda se complacia en la serenidad del limitado horizonte que la condesa habia abierto ante sus ojos, Isolina se angustiaba con la perspectiva de una larga vida laboriosa y pobre; un terror, un desaliento profundo invadia con rapidez aterradora aquel ánimo viciado ya en la peligrosa atmósfera de las pompas y de la vanidad embriagadora.

La condesa habia buscado trabajo manual para la madre y para la hija, primero en su casa y luego entre sus numerosas relaciones. Isolina bordaba y sus obras debian ser pagadas á muy subido precio. Su madre cosia ropa lisa, hacia medias y se ocupaba con una criada jóven del cuidado de la casa. Un bienestar relativo empezaba á notarse allí y se veia claramente que los ingresos escedian á los gastos.

—¡Si mi pobre hija no estuviese atada por ese infame casamiento, aun podia ser dichosa!—decia la señora de Herrera;—hallaria un hombre honrado que la diese una posicion honrosa, aunque

fuera modesta, y yo moriria más tranquila, dejando su suerte asegurada.

En tanto que la pobre y cristiana madre pensaba así, los pensamientos de la hija iban por una vía muy diversa.

—¡Oh! ¡qué desdichada soy!—exclamaba vertiendo lágrimas amargas.—¿Por qué, ¡oh Dios de las misericordias! me habeis condenado á un eterno dolor? ¿Cuál ha sido mi delito? ¿En qué os he ofendido?

Isolina se extraviaba en los desiertos de su orgullo; su delito, su ofensa á la divinidad era el completo olvido de todo lo que no era ella: su anhelo de brillo y de pompa, su ciego empeño de cifrar toda su dicha y toda su ventura en las efímeras vanidades de la tierra, sin mirar al *más allá* donde está la patria del alma y la felicidad suprema.

Su madre comprendia vagamente que la tempestad se agitaba de nuevo en aquella alma á la vez árida y ardiente: una pena profunda la afligia, y en vano procuró sondear los abismos que se cerraban con empeño ante sus ojos.

Una mañana, sin embargo, el tenebroso *sésame* se abrió por sí mismo; la señora de Herrera entró en el cuarto de su hija y la halló embebida declamando una obra dramática.

La madre esperó silenciosa á que el período terminase, y cuando Isolina terminó y fijó en

ella sus ojos, el misterio desgarró su velo y se mostró la triste verdad.

—¡Madre mia!—exclamó,—aun puedo ser artista y ganar para las dos una fortuna: ya no me es posible cantar, mas declamar no me lo impide nada, pues para eso tengo voz, madre mia; —¡esta vida miserable y pobre despues de haber gozado tantos esplendores, me mata!... ¡Madre, madre, es forzoso que yo vuelva á buscar mi corona de laurel!

—¡Para hallarla de espinas acaso, pobre hija mia!—dijo la anciana con tristeza.

—Y así ¿qué hago?—exclamó Isolina, cuyo natural impetuoso volvia á exaltarse con el pesar. —¿Qué esperanza me liga á esta vida triste, monótona, helada? Si no estuviera casada, acaso el amor podria consolarme de todo: casada ya, ¿qué puedo esperar? ¡Oh! madre mia, déjame que pruebe á ser dichosa, si esto es posible todavía, ó á lo menos déjame que pruebe aún si podemos dejar de ser pobres.

—Haz lo que quieras,—dijo la anciana alzando los ojos al cielo;—si así has de ser más dichosa, yo lo seré tambien.

Isolina se lanzó al cuello de su madre y la llenó de caricias: la alegría volvió á entrar en su corazon. ¡Artista otra vez! ¡rica, adulada, envidiada de todos! ¡Eso era la vida! ¡eso la dicha! ¡eso la felicidad! ¿De qué le servia el haber anhe-

lado la vida de familia, los goces fáciles y santos de la vida doméstica? ¡Todo habia desaparecido ante sus ojos como humo vano!

Sin detenerse á pensar que aquello que habia deseado no habia sido con verdad, con sinceridad, con pureza de alma, sino mirando solo á su fortuna y á su vanidad más que á su dicha, Isolina, ya en el estío de la vida, halló en sí misma la fuerza para lanzarse en el torbellino que habian agitado los primeros años de su juventud.

La desgraciada, no solo no queria saber que el secreto de la dicha consiste en ocuparse constantemente de los demás y muy poco de sí mismo.

Algunos dias despues, el conde y la condesa de Royé, vivamente interesados por lo que llamaban con suma bondad el génio artístico de Isolina, alcanzaron que hiciera una prueba ante uno de los primeros actores de Madrid, recitando en su presencia algunas escenas de diferentes obras.

Esta prueba tuvo lugar en la casa de aquellos amigos, que sin saber lo que hacian, contribuian al extravío de aquel espíritu débil.

Solo el conde y la condesa la presenciaron. Cuando acabó, el actor, que era tambien empresario, la dijo que estudiara y se preparara para hacer con él *Los amantes de Teruel*, obra siempre aplaudida y siempre querida del público, y en la

cual, á su juicio, debia desempeñar maravillosamente la parte de Isabel de Segura.

VI.

Un apacible cuadro de interior tenia lugar dias despues en una linda casita de Passy.

Por las ventanas bajas de la habitacion, que conocimos al principio de esta historia, asilo apacible de madame Blarú y de sus hijos Octavio y Emma, se divisaba á estos tres personajes en compañía de otros dos, con los cuales va á hacer el lector un agradable conocimiento.

Era el uno un hombre jóven aún y dotado de gran belleza; pero lo que sobresalia en su fisonomía era la noble alianza del talento y de un alma generosa y buena; los trabajos sérios, las largas vigilias, habian vestido sus facciones de una palidez mate y uniforme; pero aquella palidez estaba llena de nobleza y distincion.

Era Gustavo Marsillac, abogado de buen nombre en Paris y que empezaba á hacerse ilustre; compañero de infancia de Octavio y esposo de Emma Blarú, de quien habia sido el solo y único amor.

El otro personaje era una bella niña de tres años, hija de Emma y de Gustavo, y que se lla-